



La entrevista en Revlon

Gillette Trailer 31 — Nando el Escriba

gillettenarrative.com

Había leído que Ronald Perelman había intentado más de una vez forzar una adquisición de Gillette, pero el tío Warren siempre lo había bloqueado, y Perelman, más furioso que nunca, hacía ruido al respecto pero seguía haciendo lo que siempre hacía: fastidiar a todo el mundo.

Recibí una llamada de la dirección general de Revlon Italia: su director de ventas quería verme en Catania. Se lo dije a mi padre, y me dijo: «Por supuesto, tienes que ir. Es una ocasión para averiguar si el mercado te está validando, y qué te proponen y ofrecen; pero no cometas el error de decidir por emoción. Llévatelo a casa, piénsalo, y solo entonces da una respuesta».

Llegué puntual aquel viernes por la mañana, a las 10:30, Hotel Jolly, Catania. Y al entrar en el vestíbulo, ¿con quién me topo? Con mi jefe de zona de Gillette, quien, al verme, se queda atónito y dice: «Pero ¿qué diablos haces aquí? ¿No deberías estar en tu territorio?».

«Me tomé un día libre. Lo verás en el informe mensual que te envié hace cuatro semanas, con este mismo día marcado».

«Entonces, ¿qué haces aquí?».

«Bueno, solo he venido a ver a alguien. Quiere conocerme; espero que sea una mujer, al menos, para seguir con la broma», y, sin pretenderlo, mi instinto resultó acertado, porque en la reunión me encontré a un hombre, pero muy femenino, en exceso.

La entrevista duró siete minutos. En el momento en que se levantó para venir a sentarse a mi lado, intuí que las intenciones no eran comerciales; pero yo nunca le había dado espacio a un enemigo, ni profesional ni personal.

Volví a casa y llevé a mi padre a tomar un helado, en el kilómetro más hermoso de Italia; al menos eso dicen de nuestro paseo marítimo de Reggio Calabria. Me preguntó cómo había ido, y le dije que la oferta no merecía la menor atención, y que tras darles las gracias, la había rechazado y me había marchado.

Nunca conté los detalles ni las particularidades: eso es algo que me enseñó mi madre, Gillette. Y ella nunca se equivocaba.

Ferdinando